

DISCURSO SOBRE LA FACULTAD
DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

Yolando Pino Saavedra

Texto íntegro. Yolando Pino Saavedra, Discurso, *Anales de la Universidad de Chile*, Número conmemorativo del Centenario de la Universidad de Chile, 1943.

DISCURSO SOBRE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

La Universidad de Chile, que había sido fundada el 19 de Noviembre de 1842, no se inauguró sino el año siguiente. Una vez extendido por el Gobierno el nombramiento del personal directivo, empezaron a constituirse las cinco facultades que la ley establecía, y la de Filosofía y Humanidades la primera en reunir a sus miembros académicos en una sesión que se verificó el 10 de Agosto de 1843. A esta primera sesión, que presidió don Andrés Bello, Rector de la Universidad y miembro de la corporación, asistieron el Decano don Miguel de la Barra, don Ventura Blanco, don Ventura Cousiño, don Mariano Egaña, don Francisco García Huidobro, don José Victorino Lastarria, don Rafael Minvielle, don Juan Ramírez, don Salvador Sanfuentes, don Domingo Faustino Sarmiento, don Manuel Talavera y don Antonio Varas. Y Joaquín Vallejo, también Miembro Académico, tenemos a los más ilustres representantes de las letras que jugaron un papel preponderante en el movimiento intelectual de Chile alrededor de 1842. En el seno de la naciente corporación se reunieron y conjugaron diferentes tendencias culturales que, fuera de ella y en batallas de pluma a veces apasionadas, removían el ambiente y daban vida a una fuerte inquietud espiritual. Así la academia es una consecuencia de un movimiento general de ideas. Es una agrupación de personalidades, que, como ninguna otra, comprende y sintetiza más cabalmente a la generación de entonces. ¿No está ahí Andrés Bello, representando la inteligencia vigilante y vigilada, la medida que contiene el impulso desbordante y el respeto a las normas generales del lenguaje? ¿No está ahí también Domingo Faustino Sarmiento con su extraordinaria actitud de rebeldía creadora? Ambos personifican posiciones opuestas, y, por lo mismo, necesarias y fructíferas. Del choque de estas fuerzas vendría el esclarecimiento en medio de las sombras.

La ley orgánica de 1842 encargaba a la Universidad «la enseñanza y el cultivo de las letras y las ciencias en Chile» y, además, «la dirección de los establecimientos literarios y científicos nacionales y la inspección sobre los demás establecimientos de educación.» Por una parte asignaba a la Universidad una función de investigación y, en algunas de sus facultades, docente, y por otra parte la tuición de la enseñanza en todos sus grados.

Al declararse oficialmente instalada la Universidad, don Andrés Bello señaló con nitidez, en magnífica pieza oratoria, su sentido y valor entre las instituciones sociales y como centro de cultivo de las ciencias y letras que pronto habrían de extenderse a los demás organismos educacionales, contribuyendo de esta manera al progreso general de la nación. Hubo quienes consideraron equivocada esta posición de Bello y, entre ellos, Sarmiento. Habrá quienes aun hoy día juzguen a Bello con reticencia, acaso, en este punto, por la lentitud a que debía someterse el desarrollo de la instrucción pública. No hay que olvidar que los hechos históricos le daban razón y que por entonces era imposible crear de la nada un cuerpo de maestros, suficientemente numeroso, que hubiera podido difundir «la ilustración bajo forma conveniente», en circunstancias en que la propia capital no contaba con ninguna escuela primaria sostenida por el Estado y la

enseñanza del pueblo se reducía a la lectura, la escritura y el rezo. Pero la ley, que había sido redactada por Bello, entregaba a la Facultad de Filosofía y Humanidades la orientación y dirección de las escuelas elementales. Bello, europeizante, procedía, sin embargo, con cautela y hondo sentido de la realidad.

Habría de corresponder a la Facultad de Filosofía y Humanidades la tarea más ardua y de mayor responsabilidad dentro de la casa universitaria. Su primer Rector dedicó a lo que llamó «Departamento literario» la parte más extensa y devota de su discurso inaugural. Y no podía ser de otro modo. El más grande de los humanistas que ha vivido en Chile se sintió tan ligado a nuestra Facultad, que raras veces faltó a las sesiones por espacio de 22 años. Expone Bello para la Facultad de Filosofía y Humanidades un programa ideal, entre cuyos objetivos destaca el estudio de nuestra lengua. Es aquí donde Bello deja un testimonio evidente de su juicio ponderado y justo, al reconocer una constante evolución del lenguaje, pero de acuerdo con normas generales que preservan de la anarquía en resguardo de los «vínculos más poderosos de fraternidad que tienen los pueblos de América.» son palabras que podemos repetir ahora con la misma convicción con que Bello las pronunció hace un siglo. Y, sin embargo, ¿cuántos errores se han cometido en nombre de quien nunca sustentó otra doctrina que la única compatible con un espíritu científico inspirado en los elevados ideales de la comunidad humana? Y el de la literatura, ¿qué había de decir, si la llama «capitel corintio de la sociedad culta», si él mismo se había gozado en ella y «participado de sus beneficios?» Consecuente con el pensamiento anterior, está por la libertad en la poesía, vigilada por el arte, en el sentido de Goethe clásico, de ningún modo por las reglas convencionales injustamente atribuidas a Aristóteles.

*

La facultad de Filosofía y Humanidades desarrolló como academia dos funciones paralelas: la de propulsar el cultivo de las letras y la de orientar y dirigir la enseñanza. Erramos nosotros mismos, cuando atribuimos a la Facultad una actividad avasalladora en el campo de las letras. No es ésta toda la verdad. Pasado ya tanto tiempo, ha quedado como en la sombra el esfuerzo de aquellos hombres para cimentar la instrucción pública, y por lo mismo es hora de que los técnicos de hoy, con todo el saber que ha podido darles el progreso no olviden a quienes trabajaban como sobre un suelo movedizo, sin recursos del Estado, sin la urgencia que nace del alma misma del pueblo. Reconozcamos en Bello, en Sarmiento, en García Reyes, en Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui y tantos otros un sentido del deber ante la comunidad, que, como un fuego interno permanentemente incitado, les llevaba a darse por entero a las tareas que la ley y el honor les encomendaba. E hicieron cuanto pudieron, estudiando, discutiendo y superándose.

*

En la primera sesión de la Facultad se proponen para el concurso de 1844 tres temas relacionados directamente con la instrucción pública y uno solo con la literatura, acaso

en el fondo, con un propósito didáctico. En siguiente sesión se añade la indicación de Sarmiento para conceder el premio «al libro, cualquiera que fuese su asunto, que difundiese mejor en la masa de la sociedad las ideas de la porción civilizada». Se aprueba el tema propuesto por don Antonio Varas en los siguientes términos: «Objeto que debe proponerse la educación y medios de conseguir este objeto en las diversas clases de la sociedad chilena.»

Era manifiesta la preferencia de la Facultad por contribuir a esclarecer los problemas de la educación. Pero el concurso no despertó interés. Repitió al año siguiente el mismo tema, reduciéndolo de sus proyecciones generales a una formulación más adecuada a las necesidades inmediatas: «¿Cuál debe ser la educación primaria en Chile y medios prácticos de propagarla entre los niños y adultos de todas las clases de nuestra sociedad?» Y, considerando las dificultades del tema, dejó la posibilidad de que el premio pudiera concederse «al trabajo literario de más mérito y de mayor interés nacional.» No fueron esta vez los resultados más halagadores. Desde entonces serían los temas de literatura y de historia los que servirían de base a los concursos anuales. Sólo diez años más tarde ha de aparecer la obra de los hermanos Amunátegui: «De la instrucción primaria en Chile; lo que es, lo que debería ser». Entre tanto, sin embargo, la corporación se ocupa casi exclusivamente en organizar y orientar la instrucción primaria. Dicta sus reglamentos, recomienda métodos de enseñanza, aprueba textos de estudios, vigila hasta donde le es posible su desarrollo y en particular el de la Escuela Normal de Preceptores.

Si consideramos la ausencia de medios adecuados para lograr una eficacia alentadora, habremos de reconocer que la Facultad de Filosofía y Humanidades modeló una obra que se presenta antes nosotros con un valor incalculable para los comienzos de nuestra educación popular. En algunos aspectos se adelantó a su tiempo, al inquietarle por lo menos lo que hoy se llama, porque todavía existe, «el problema de la alfabetización de los adultos» y al tratar de organizar bibliotecas populares.

*

Es mismo celo y tesón, es mismo espíritu apostólico que los miembros académicos tuvieron con respecto a la instrucción primaria, lo hallaremos también, más tarde y hasta muy cerca de nosotros, cuando se trata de organizar y mejorar la enseñanza media.

Más fácil reconocimiento ha encontrado la Facultad de Filosofía y Humanidades como encauzadora de los estudios literarios, de los gramaticales y muy especialmente de los históricos. La historiografía chilena nació con nuestra corporación. Casi todos los discursos que «sobre algún suceso importante de la historia nacional» se leyeron anualmente en claustro pleno, por mandato de la ley, correspondieron a sus miembros. La historiografía fué la ciencia que cultivaron Lastarria, García Reyes, Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, Barros Arana, Vicuña Mackenna, Sotomayor Valdés. «La Facultad de Filosofía y Humanidades echó las bases y levantó los muros de la reconstrucción del pasado nacional», ha dicho nuestro último Decano, don Luis Galdames.

*

Hasta 1879 la Facultad de Filosofía y Humanidades no contó con ningún establecimiento profesional. La ley de aquel año le entregó la tuición de la Academia de Bellas Artes y del Conservatorio Nacional de Música, y la primitiva corporación pasó a constituirse en una Facultad de Filosofía, Humanidades y Bellas Artes.

De hecho, sólo desde 1889, con el Instituto Pedagógico, adquiere la Facultad una función de docencia superior. Así como se creó la Escuela Normal de Preceptores en 1842, así también Domeyko había propuesto la fundación de un establecimiento del tipo de la Escuela Normal Superior de París. Pero éste y otros intentos posteriores habían aparecido como prematuros.

Son don Valentín Letelier y don Claudio Matte los que interesan a las autoridades educacionales y a los hombres de gobierno en la preparación científica y técnica del profesorado secundario, equiparando la profesión de la docencia a las demás profesiones universitarias. Por estar tan cerca de nuestros días el primer período del Instituto Pedagógico, cábenos hacer una devota recordación de los hombres a los cuales el establecimiento debe su existencia y mantenimiento como escuela universitaria: en primer lugar, de don Valentín Letelier y de don Claudio Matte y luego de don Domingo Amunátegui Solar, a quien agradecemos una constante preocupación por el Instituto, durante 20 años de dirigirlo hábilmente, y una repetida defensa, tan noblemente apasionada como la de Letelier, cuando la incomprensión ha pretendido socavar sus cimientos. Y hemos de recordar también a los primeros profesores que han hecho posible un desarrollo honorable de la enseñanza superior en nuestra Facultad: Jorge Enrique Schneider, Juan Steffen, Federico Hanssen, Alfredo Beutell, Federico Johow, Augusto Tafelmacher, Rodolfo Lenz, Enrique Nercaseau y Morá, sin olvidar, por cierto, la acción y la influencia de otros profesores extranjeros y nacionales, que en su mayoría aún viven y a quienes ofrecemos nuestra estima y gratitud.

*

Con la creación del Instituto Pedagógico y la incorporación posterior del Instituto de Educación Física y Técnica, la función profesional fué adquiriendo insensiblemente una preponderancia cada vez mayor en la Facultad de Filosofía, Humanidades y Bellas Artes, que habría de derivar hacia una Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación o de Filosofía y Educación, como hoy se denomina. Ello no quiere significar que la investigación de la historia y la didáctica de la historia hayan decaído. Prueba lo contrario la obra de don Domingo Amunátegui Solar, José Toribio Medina, Alejandro Fuenzalida Grandón, Luis Barros Borgoño, Julio Montebruno López, Luis Galdames. Más aún, otras ciencias son objeto de investigación como la Filología, la Geografía, la Pedagogía y Psicología, la Botánica y las Matemáticas. Pero se trata más bien de una actividad de personalidades aisladas que no alcanzan a formar un círculo a que convergen inquietudes de émulos, discípulos y epígonos.

*

La Facultad de Filosofía y Humanidades ha recorrido un camino largo y difícil, largo y difícil para un pueblo joven que pugna por encontrarse a sí mismo, pero dentro del relativismo de las cosas humanas se nos aparece su obra fundamental en el desenvolvimiento de la cultura en nuestro país. Y es por eso por lo que hemos querido conmemorar el día en que nuestra corporación dió comienzo de hecho a la vida de la Universidad de Chile y es por eso también por lo que nuestros catedráticos, con la competencia que les da su especialidad, harán un examen objetivo de la labor realizada por la Facultad o bajo su influencia.

*

Han accedido a acompañarnos en estos días de reuniones académicas el Dr. Francisco Romero y el Dr. Amado Alonso, ambos en representación de la Facultad de Letras de Buenos Aires y de la Facultad de Humanidades de la Universidad de la Plata. A ellos expreso nuestro más efusivo saludo y agradecimiento.

*

La actual Facultad de Filosofía y Educación siente la responsabilidad de ser digna de un pasado fructífero, pero siente también la responsabilidad que el futuro le señala. En el nuevo período que inicia se esfuerza por cumplir las tareas que le incumben dentro de una Universidad moderna. Los profesores saben cuáles son los deberes que les corresponden. Jóvenes de edad y jóvenes de espíritu, todos ellos dan lo mejor de sí y viven en la inquietud de una constante superación. Como organismo académico, acaso no reviva nuestra corporación las horas que vivió la Facultad de Filosofía y Humanidades. Los tiempos han cambiado y con ellos las formas de la acción.

Por medio del Instituto Superior de Humanidades, del Instituto de Educación Física y Técnica y del Instituto Pedagógico, la Facultad da cumplimiento a la función profesional de preparar científica y técnicamente a los profesores de la enseñanza secundaria, y en ella lleva ya poco más de cincuenta años contribuyendo con indiscutible eficacia a acentuar el ritmo de la vida cultural y a fortalecer el espíritu democrático de las instituciones sociales de Chile. No ha de descuidar este objetivo de la docencia universitaria. Sin él, es iluso imaginarse entre nosotros jóvenes extraordinarios que sólo quieran aprender a indagar en los secretos de la vida y de la naturaleza por el solo afán de ofrecer al espíritu más amplios campos de contemplación placentera. Sobre y junto a esta piedra básica intentaremos construir la casa que nos aconseja la realidad.

El Instituto Superior de Humanidades va tomando el carácter de una verdadera Escuela de Ciencias y Letras, cuyo programa ha de ser en esencia el de las verdaderas humanidades modernas. Junto al sentido profesionalista que aun tiene en gran parte su enseñanza, va despuntando no de prisa, pero seguro, un ímpetu de sobrepujarlo. Aun el Instituto de Educación Física y Técnica y el Instituto Pedagógico, con su más marcado

sello de escuelas de maestros, abrirán más ampliamente sus puertas y sus ventanas a los demás fines que las acrediten como escuelas universitarias no meramente profesionales. Todo ello quiere significar que la Facultad de Filosofía y Educación ha orientado su política en el sentido de estimular y organizar la investigación científica, desarrollar una extensión cultural que, al sobrepasar los límites de lo meramente informativo, es resultado de la investigación misma. Pequeño programa en su formulación, enorme en su desarrollo. Lo que antes nacía de la Academia, sale y saldrá de los institutos y seminarios de investigación. Será una obra, modesta en sus comienzos, sin vanos alardes de verdad exclusiva ni publicidad engañosa, pero firme en sus formas.

El Instituto de Psicología y el Instituto de Geografía, y aún el Instituto Pedagógico en su departamento de investigación, darán pronto las muestras de un trabajo lento, pero recio, tan propio de nuestra manera de ser. Pienso que otros institutos de investigación estamos llamados a crear: el de Filología¹, el de Historia de Chile y de América y el de Literatura. Y porque no ha llegado entre nosotros el momento de hablar de investigación filosófica, será una de nuestras más grandes preocupaciones la de velar por el cultivo y difusión de estos estudios. Sólo de este modo desempeñaremos el papel que corresponde a las Facultades de Filosofía y Letras de las universidades hispanoamericanas. Sólo así, propia expresión, habremos de llegar algún día, no importa cuándo, mas llegar, a la zona de los espíritus independientes.

Grande es la obligación que sobre sí pone la propia Facultad, acaso las fuerzas no sean insuficientemente fuertes para ser dignas de la empresa. Pero, manteniendo vivo el entusiasmo y en tensión la inteligencia, se formará la atmósfera de creación, la envoltura interna de una verdadera Facultad de Filosofía, de donde irradian el pensamiento director en los problemas esenciales de la Universidad de Chile.

1. Posteriormente ha sido creado el Instituto de Filología, que empezará a funcionar en 1944.